

ST. JOHN'S AT DIOCESAN CENTER IGLESIA EPISCOPAL DE SAN JUAN

23 E. Airy Street | Norristown PA 19401 | (610) 272-4092



CONTEMPLACIÓN

Rvd. Andrew F. Kline

Texto del Sermón predicado el Quinto Domingo de Cuaresma
3 de Abril, 2022

ISAÍAS 43:16-21 | SALMO 126
FILIPENSES 3:4B-14 | SAN JUAN 12:1-8

María hace algo hermoso para Dios. Ella lo ha estado considerando durante algún tiempo. Ella nunca ha conocido a nadie como Jesús. Aunque parece saber todo lo que ella ha pensado, dicho o hecho, no la juzga. Él no tiene sus errores o su posición en la vida en contra de ella. Él la ve. La valora. La escucha.

Hubo este momento, cuando se miraron y se dieron cuenta de que el regalo más precioso del mundo entero es esta mirada, esta contemplación. Hay poetas, filósofos y místicos que han tratado de describirlo: una admiración mutua entre almas que se entienden, que se anticipan a sus pensamientos y necesidades, entre almas que

pueden encontrar otra profundidad en el dar, así como reciben gratuitamente. Que descubren al mismo tiempo que no necesitan nada el uno del otro más que la presencia del otro. Fue el momento en que se llamaron amigos.

Jesús está, por fin, por fin, entre amigos. Seguro que parece, aunque sólo sea por una noche. Qué podría haber sido más loco que las últimas semanas, cuando se acercaba la Pascua, cuando el hermano Lázaro enfermó y murió. En ese momento, Jesús no estaba allí. ¿Estaba viniendo? ¡No! ¡Llegó tarde! Vino con todas esas nubes de tormenta sobre su cabeza, sin querer llamar la atención. Parecía que todos estaban furiosos con él y contentos de verlo al mismo tiempo.

Mejor tarde que nunca. Contra toda esperanza, Lázaro está vivo. Todo el mundo lo mira. No dice una palabra mientras se sienta junto a Jesús. Marta, María, Lázaro y los discípulos se reúnen alrededor de la mesa familiar esperando una comida sencilla y tranquila. Aunque algo ha cambiado. ¿No ha habido suficientes milagros? El miedo está en el aire. Un sabor rancio en la boca se encuentra con el cansancio en sus huesos. Tantas palabras dichas detrás de puertas cerradas y en callejones traseros. Hay un complot para matar a Jesús. Y de repente, un complot para matar a Lázaro. Mañana entrarán en la ciudad por la puerta oriental para la celebración de la Pascua. Nadie se atreve a sostener demasiado tiempo la mirada del otro. El silencio es ensordecedor.

María ha estado pensando que deben enfocarse en él, no por lo que puede hacer por ellos, no por lo que puede hacer por la nación, sino solo por él y la carga que lleva. ¿Hay alguna forma de aligerar la carga, de disipar la oscuridad que se avecina, de ver con claridad a lo que se enfrenta? Ella había estado pensando en esto o en algún momento. Ella había apartado el salario de un año y había comprado el unguento para el entierro. Al principio pensó que lo necesitaría para Lazarus. Entonces se dio cuenta de que todos lo necesitaban hoy.

María tomó el frasco de alabastro lleno del precioso unguento. ¿Cómo se describe algo que puede picar y socorrer, penetrar, relajar y devolver la vida a la piel tensa y estirada? Un bálsamo curativo. Un elixir vigorizante que sobre todo huele a cielo, que puede cambiar la atmósfera en la habitación, que puede levantar el alma de la tristeza y la finalidad de esta tierra y descansar con el Santo.

María tomó el frasco de alabastro lleno del precioso unguento. Sabía cuánto costaba, pero no le importaba. Lo derramó sobre sus pies y lentamente, con ternura, los abrazó, los besó, los secó con cuidado, con paciencia, con su cabello, hasta que fresca y renovada, sintió el cambio en el corazón de Jesús. La fragancia, por solo un minuto, inundó la habitación y les dio a todos una segunda oportunidad de ver lo que podría necesitar cambiar en sus corazones.

Es bien sabido que la disciplina espiritual de la oración no es una cosa, por ejemplo, hablar en voz alta a Dios. Ahí es donde la mayoría de nosotros deberíamos empezar. Pero no es ahí donde debemos terminar. Cuando los discípulos le pidieron a Jesús, ‘enseñanos a orar’, les enseñó el Padre Nuestro. Pero cuando subió solo a la montaña, les enseñó también las otras formas de oración. María, cuando se sentó a los pies de Jesús, también las aprendió. Justo ahí.

La oración profunda y profunda puede cambiar nuestro corazón. Pero al menos debe incluir las cuatro formas de la gran tradición, las cuatro formas que encontramos en la Sagrada Eucaristía. Primero, está la lectura en voz alta de la palabra de Dios. En segundo lugar, la meditación sobre su significado. En tercer lugar, está la expresión verbal de todo lo que nos trae, incluidas nuestras intercesiones y peticiones.

Pero finalmente, existe este cuarto movimiento, que podemos descuidar. Es el gran regalo de simplemente sentarse en la presencia de Dios Todopoderoso y contemplar todo lo que él es y ha hecho y ha prometido. Es ese silencio después de la Sagrada Comunión. Es María acercándose para enjugar los pies de Jesús.

Los santos llaman a este último don de la oración contemplación. Acercarse con fe, en total confianza, a estar en presencia de su mejor amigo, de sus amados parientes, de los vecinos que forman su comunidad, y apreciarlos. El rey David dijo: “Una cosa deseo al Señor. Y eso buscaré. Para contemplar la hermosura del Señor, y habitar en su templo”.

María sabía desde hacía algún tiempo que había querido hacer esto por Jesús. Poco sabía ella cuánto necesitaba hacerlo por Jesús. Y no solo por él, no solo para revelar los corazones a su alrededor, los miedos y los celos, el descuido y el auto trato de los discípulos asusta-

dos y las personas enojadas en el poder. Lo hizo por cada generación sucesiva que se atreviera a seguir a Jesús. Ella lo hizo por nosotros.

María hizo algo hermoso para Dios. Que nosotros, al contemplar su amor por nosotros y por el mundo entero, nos atrevamos a hacer algo hermoso por Dios y por los demás. ¿Harás eso, amigo mío?

¡He aquí la hermosura del Señor! ¡He aquí la maravilla de cada uno! Gratis, gratis, has recibido. Da libremente, da libremente. Amén.